



Manuel Longares
Las cuatro esquinas



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

MANUEL LONGARES

Las cuatro esquinas

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Propuesta

El hombre que cumple setenta años cuando se escribe este prólogo –diciembre de 2010–, nació bajo una dictadura y no conoció la democracia hasta que fue adulto, con lo que se ha pasado media vida añorando la libertad y la otra media temeroso de perderla. Nada de lo que hoy mira o escucha le recuerda las privaciones y la feroz represión de sus años mozos, hasta tal punto las hizo olvidar la evolución política posterior. Y ahora que la prosperidad se asienta en su país, sólo lamenta que, por ser viejo, le quede poco tiempo de disfrutarla.

Por mucho que se empeñe, este setentón, que diría Mesonero Romanos, no es el protagonista del libro. Sus ciclos vitales –niñez, adolescencia, madurez y ancianidad– han coincidido con unas etapas históricas y son éstas las que prevalecen. Nuestro hombre fue testigo de acontecimientos, pero no nos interesan sus impresiones. La Historia le quita la importancia que él se concede. Este libro no es una biografía, el septuagenario no escribe sus memorias. Le dolerá saber que es el pretexto para que su época se pronuncie. Así de crudo.

Cuatro periodos concretos de esta era –la infancia en 1940, la juventud en 1960, la madurez en 1980 y la vejez en 2000–, proporcionan argumento y atmósfera a los cuatro relatos de este libro. En el primero, los personajes son los súbditos de la posguerra; en el segundo, los jóvenes que intuyen los vientos del cambio; en el tercero, las víctimas y los verdugos de la dictadura en su adaptación a la

democracia y, en el cuarto, unos ancianos preocupados por el más allá, ahora que la subsistencia no es problema acuciante. Pero, igual rango que estos personajes, cobran en el relato de 1940 la miseria, en el de 1960 la ingenuidad, en el de 1980 la perfidia y en el de 2000 la trascendencia.

El principal de Eguílaz

Cuando tocan a diana en el cuartel del Conde Duque, los enfrentados en la guerra civil se cruzan en la glorieta de Bilbao. Los vencidos se trasladan en metro al andamio de Tetuán o a la fábrica del Puente de Vallecas y los vencedores, después de un paseo triunfal por los bulevares de Alberto Aguilera y Carranza, aparcen el coche en la bodega de la calle Churruca. Ahí coinciden con los redactores del diario *Arriba* que traen desde la vecina calle Larra el periódico recién impreso. «En España empieza a amanecer», admite uno de ellos apuntando al cielo opaco. Hoy es veintidós de noviembre de mil novecientos cuarenta y tantos, festividad de santa Cecilia, patrona de los músicos. Un día frío y con niebla para el que pasa en capilla sus últimas horas de vida y para el Generalísimo del palacio del Pardo que le condenó a muerte sin que le temblara el pulso.

Tímidamente despunta la aurora por el levante madrileño. Pero en el periódico que lleva fecha de hoy, las noticias son de ayer: cerca de la bodega de Churruca, a la puerta del teatro Martín de la calle Santa Brígida, un legionario abofeteó a un mendigo por haber mirado sin respeto a la dama que le acompañaba. La discusión atrajo a la policía que confiscó al indigente su cartilla de racionamiento. Y en la cárcel lo mantendrá mientras esa mujer actúe de corista en el mismo lugar de los hechos, en funciones de tarde y noche y con su galán en la primera fila de butacas.

Comentando la insolencia del mendigo salen unos paisanos de la bodega de Churruca para tomar la espuela en la

plaza de Olavide. Entre bravatas, salvan el bulevar dormido de Sagasta y suben por la calle Eguílaz, donde en un edificio de la acera de los impares, con cuatro plantas correspondientes a los pisos bajo, entresuelo, principal y primero, la pareja de ancianos del principal se sobresalta al oírlos. ¿Vienen por ellos? Sus voces les provocan la misma angustia que las campanadas del reloj del comedor cuando señalan la hora de ejecutar a los vencidos. Entonces Salvia y Pruden acarician el retrato del ahijado que está en la mesilla.

Ni los fanfarrones ni la catarata de fusilamientos inquietan a los demás vecinos de este inmueble –con gas en cada piso, pero sin ascensor ni portero–, que duermen con la placidez de los que no están amenazados por los vencedores de la guerra. Ni la viuda del primero ni la inválida del bajo ni el jefe de casa que vive en el entresuelo se asustan de los tiros de gracia en cárceles y cuarteles y de los himnos cantados por los señoritos del automóvil en la boveda de la calle Churruca.

Se alejan los bravucones por las calles de Luchana y Trafalgar y el matrimonio del principal, ya más tranquilo, asiste desde la cama al desperezamiento de su casa. Moncha, la criada, abandona el trastero donde duerme, se arregla en el aseo y distribuye sobre la mesa camilla de la cocina cucharillas y tazas, el plato de loza con las rebanadas de pan de centeno y los vasos para la leche que, desde la vaquería de la calle Malasaña, se reparte en borrico por el barrio y a hombros de un mozo por los pisos. Con el líquido de la cántara Moncha llena la jarra que deposita en la fresquera y de ella extrae cada mañana la medida indicada en el cazo de aluminio donde esta noche se ablandaron en agua las legumbres previstas para el almuerzo.

La fresquera da al patio interior del edificio, lo mismo que el cuarto del huésped, quien también se desvela con los movimientos madrugadores de la criada. Basta abrir el grifo de la pila por un tiempo tan corto como el de llenar un vaso o rescatar las cucharillas del cajón del aparador para sentir

el chasquido de la lamparita en su habitación y el rebote del somier. Con una tos de más aparece Cuenca, vestido de calle y con la toalla en la mano derecha. Nunca le ha visto Moncha en camiseta, bata o pijama, como a los pupilos del Hotel Regalón en la Red de San Luis, donde servía antes, porque a diferencia de aquellos que exhibían su torso desnudo por el hotel, Cuenca va al lavabo con el mismo traje con el que, ya aseado, vuelve a su habitación.

Cuenca se despierta con las gallinas y se acuesta antes del toque de silencio en el cuartel del Conde Duque. Durante la jornada anda por el barrio con todo tipo de gente y negocio, en una actividad infatigable de correveidile. Al poco de finalizar la guerra, por desavenencias con sus superiores del obispado de Madrid-Alcalá, rompió y quemó papeles en su cuarto y barrió las cenizas sin consentir que Moncha le ayudase. Ahora, cuando regresa del aseo, abre su ventana al patio, todavía sin ruido ni luces, cuelga la toalla del tendedero y, arrodillándose en el suelo, reza mañitines.

Su oración se enreda en la niebla mientras los parroquianos desalojan la bodega de la calle Churruca: los señoritos prolongan la jarana por algún tablado flamenco de la cuesta de las Perdices y los redactores de *Arriba* curiosean el kiosco de Germán en la glorieta de Bilbao, donde otros periódicos de la mañana conviven con novelas del oeste escritas por seudónimos yanquis. Después bajarán por Fuencarral y unos repostarán en la churrería de Barceló y otros en la panadería de Divino Pastor, que abastece de bollos suizos a las monjas de María Inmaculada, de la misma calle.

Al alba, los juguistas de buena familia van en taxi desde las salas de fiestas a los pisos de las entretenidas. Bajo tierra circulan los hacinados en vagones de metro que, al apearse en cada estación, se desparraman por el andén como la espuma de champán. Y por la superficie, montan gratis en la grupa de los tranvías caraduras o pobres de

solemnidad, que no se librarán de la multa del guardia de tráfico o del saco de arena que vaciará en sus cabezas el cobrador del vehículo para escarmiento y ejemplo.

A la misma hora, por las calles húmedas de relente y niebla, desfilan sin acompañamiento de banda ni expectación de la muchedumbre los carretones de los traperos que, desde Cuatro Caminos o más allá, descienden por García Morato a Chamberí y por la rampa de Luchana a la glorieta de Bilbao, donde muestran a los periodistas de *Arriba* el ramalazo aldeano de la nación imperial. Los adoquines de la calzada imponen el balanceo a los carromatos, un cansancio a las caballerías que los arrastran y el silencio al somnoliento del pescante que, arropado en un capote y fumando un cigarro, sostiene las riendas junto al chaval con el perrillo.

La procesión desemboca por Fuencarral en la Gran Vía cosmopolita donde los antros de diversión aportan el mayor desperdicio. Y, respaldada por las primeras luces del día, sigue por la plaza de España a la estación del Norte y por la Glorieta de San Vicente recala en el río Manzanares que en sus márgenes, más generosos que su corriente, ofrece alguna camiseta, una pieza de gasógeno, un abanico sin varillas o la banasta olvidada por los contrabandistas al advertir aduaneros en el puente de Praga.

También publica *Arriba* que a orilla del aprendiz de río se halló un cadáver. Los señoritos del automóvil eligen para sus escarmientos las tapias de los cementerios o los terraplenes de Carabanchel y los traperos excluyen de su recolección al espatarrado con un boquete en la frente y sangre en el torso. Como un ajuste de cuentas define el periódico las represalias particulares y a través de un comunicado oficial difunde el cumplimiento de las sentencias de muerte.

Cuando el reloj del comedor marca el momento de las ejecuciones, Salvia y Pruden besan la foto de su ahijado en el portarretratos de la mesilla y enlazan las manos hasta

que el sonido de la caravana de los traperos –anunciando que ya viene el día, ya viene madre– alivia el miedo de los que, como ellos, son familiares de los encausados; el miedo al allanamiento de morada, la detención, la paliza y la peregrinación por las prisiones de España, ese miedo a la noche de posguerra donde dicen que la luna tiene amores con un calé.

* * *

Mediada la mañana, y ya con restricciones de luz, Moncha maneja el plumero y la bayeta por la zona noble del piso, ventilada por el balcón de la calle Eguílaz. A la derecha del pasillo que lleva al balcón, el comedor con su sonoro reloj de pared; y a la izquierda, el gabinete del piano y el dormitorio del matrimonio. En invierno la vida se hace al calor del fogón. Pero esta tarde los invitados conmemorarán en el comedor la festividad de santa Cecilia y, mientras Moncha lo limpia a fondo, Salvia revisa las cuentas de la casa.

Abrigado en el batín, Pruden cierra la puerta de la cocina a la corriente del balcón abierto. En la tibieza del fogón, Salvia murmura un lenguaje de cifra que parece de masones y que Pruden no traduce ni aclara porque antes de la guerra perdió las cuerdas vocales en una operación de laringe. Desde entonces, Salvia interpreta su pensamiento y eso convierte una charla con este matrimonio en algo tan premioso como la cocción de las legumbres. Por celo patriótico el jefe de casa quiso averiguar lo que escondía Pruden en el silencio de su garganta y, después de una indagación exhaustiva de la que sólo extrajo alguna tos, se rindió a su aptitud para guardar confidencias.

Salvia y Pruden deberían sacar partido de las contrariedades, como esa pareja amiga que formaba el dúo gracioso de muchas zarzuelas y revistas hasta que se les prohibió

cantar *Pénjamo* o *Tengo una vaca lechera* y tuvieron que dedicarse a vender semillas y plantas de jardín en su chalcito de Chamartín de la Rosa. Pero Pruden y Salvia prefieren vivir con estrecheces a alterar sus costumbres. La necesidad de ahorrar para la operación que rehabilitaría a Pruden –algo que debaten los profanos y a lo que da largas el otorrino de la calle Alburquerque– es la excusa para demorar el abono del alquiler y los pagos a los tenderos del mercado de Barceló y a los comercios del entorno.

Salvia y Pruden pasan semanas atrincherados en el principal de Eguílaz para que no les reclamen por las cuatro esquinas de su barrio un dinero que no tienen. Sus vecinos del bajo, entresuelo y primero recelan: ¿qué ocultan esos, que él no dice nada y ella habla en morse? Cuenca propuso a Salvia y Pruden que, para disipar esa desconfianza, fueran un domingo a la misa de mayor audiencia. Él los acompañó por la calle Nicasio Gallego, que arranca de su portal, al santuario del Perpetuo Socorro, que está en la calle Manuel Silvela. Pero no encontraron asiento y tuvieron que retirarse, muy cansados, antes de que acabara la ceremonia.

¿Hernias, prurito, eczemas? Tras la excursión al santuario de Manuel Silvela, Salvia y Pruden prefieren seguir por la radio la misa de los enfermos. Cuenca expuso al jefe de casa que los inquilinos del principal, si bien no salen de casa para sus deberes religiosos, tampoco van a los bares de Cardenal Cisneros, ni a las revistas del teatro Martín, ni a los espectáculos de zarzuela que monta en el teatro Fuen carral su entrañable convecino, el maestro Sorozábal. «La calle estropea la ropa», alegó Cuenca en defensa de la pareja de ancianos. Y el jefe de casa rebatió: «No serán tan pobres cuando me dieron pasteles de Somosierra.»

Cuenca paga su realquiler con regalos e influencias –un día subió un saco de patatas a sus anfitriones y el jefe de casa lo requisó– y Moncha no recibe sueldo por sus servicios ya que con la comida y la cama se considera compensada. Ahora, tras aviar el comedor y arrimar al fogón el cazo de le-

gumbres, sale del piso cuando los soldados del cuartel del Conde Duque regresan de la instrucción al ritmo de los pasodobles de la banda. Moncha tantea con las zapatillas los escalones de madera añorando la agilidad de Cuenca, que brinca por los peldaños como un pajarito, sin apenas ruido.

Desde la mirilla del entresuelo, el jefe de casa la estudia: Moncha no es alta ni tiene cuerpo ni talle, ya no es joven, mas tampoco vieja. ¿Será pariente de sus amos? ¿Pero cómo averiguarlo si él no habla? Al paso de Moncha, canta la inválida del piso inferior: «El trece de mayo / en Cova de Iría / bajó de los cielos / la Virgen María». ¿Es casualidad o intencionado? Con el capacho en una mano y el monedero con telarañas en la otra, Moncha renquea por Eguílaz como la caballería de los traperos, sortea los coches del bulevar de Sagasta, camina por Larra con la ocarina del afilador en sus oídos, atraviesa Apodaca —una calle que rehuyó durante un tiempo— y a la entrada del mercado de Barceló confirma la premonición de la inválida de Eguílaz: Cuenca está ahí, charlando con el vendedor de boniatos.

Algo va a pasar, porque las oraciones de Cuenca atraen fenómenos sobrenaturales. Con la obsesión de que la vigilan entra en el mercado, donde tullidos y mutilados de la guerra, hábitos nazarenos, azules de falange y sotanas y tocas se resguardan del frío. Bruscamente afronta la mirada que agobia su espalda, mas para su desencanto, es el lotero cojo, un inofensivo. Moncha no conversa con los vendedores de los puestos, formula el pedido y si no tienen lo que quiere no discute. Mejor desapercibida que denunciada.

Ya se marchaba con el capacho vacío, cuando se cumple el presagio y la Virgen se le presenta con el rosario en las manos y a dos palmos del suelo. Podría ser la de Lourdes o la de Fátima que cantaba la inválida del bajo, pero también la de los Dolores de la parroquia vecina de San Bernardo. En las primeras apariciones, Moncha caía de rodillas como si la visión la cegase y todos pensaban que se trataba de una debilidad por falta de alimento. Ahora disi-

mula tan bien sus contactos con la reluciente señora de las alturas que nadie se extraña de verla de pie y un poco pálida por el ahogo de respirar deprisa.

La Virgen huele a boniato y no da los buenos días ni sonrío, tampoco pega alas en la espalda de Moncha ni surte el capacho con las demandas inatendidas de Salvia; la Virgen nunca dice o hace algo digno de publicarse en el *Arriba* o que prevenga a las autoridades contra el enemigo cautivo y desarmado desde mil novecientos treinta y nueve. Pero, a diferencia de Pruden, la Virgen puede recuperar el habla sin pasar por el quirófano e inspirar una encíclica al papa Pío XII sobre la carestía de la vida.

Para prevenir esa hipótesis, Cuenca corre hacia Moncha a la velocidad del caballo blanco de Santiago y traza en su frente el garabato de santiguarse, que es más eficaz para quitar las figuraciones que un potingue de farmacia. Como si también se aplicaran a la Virgen las restricciones eléctricas, el fluido divino se evapora. Con la agilidad con que Cuenca salta los peldaños de Eguílaz regresó al cielo la Virgen sin haber convertido el Museo Municipal en oratorio ni llagar a Moncha con los estigmas de su colega Goreti. El divino tránsito, a la manera de los aviones, levanta una estela que hace tambalearse a Moncha; pero Cuenca la invita a reemprender camino con un golpecito en el hombro, igual que si diera cuerda a un juguete.

Al son de la ocarina y con el olor del carro de boniatos, Moncha sale del mercado y al cruzar la calle prohibida de Apodaca recuerda su incidente en la mercería del número once, donde también cogían los puntos a las medias. Detrás del mostrador, Candi le negaba dos carretes de hilo blanco. Preguntaba: «¿Te fían en el mercado? –y los retenía con su única mano, la otra se la quitó un obús de los nacionales–. «Pues si no te fían en el mercado –deducía Candi del silencio de Moncha–, ¿por qué voy a fiarte yo?» En un descuido de Candi, Moncha se fue de la tienda con los carretes. El ciego Genaro, que se instala en la calle Mejía Lequerica con los

cupones prendidos del jersey, recitó con su tono de pregone-ro de los iguales: «En esa casa de Eguílaz deben morir de hambre, se calientan con el aliento y sin trampas en el con-tador.»

* * *

Hace meses, los inquilinos del edificio de Eguílaz autoriza-ron a Salvia a dar clases de música en su piso del principal –no más de una hora ni en festivos– para garantizarse el cobro de los recibos pendientes y futuros. Salvia abandonó su carrera al casarse y la inesperada invalidez de Pruden le hizo lamentarlo. ¡Cuántas privaciones se habría ahorrado este matrimonio si ella se hubiera mantenido activa! Hoy, ya no puede opositar a cátedra del Conservatorio ni a la plantilla de una Sinfónica, pero sí dar clases particulares. Con dinero de Consuelito Totovía, la directora del Hotel Regalón, contrató un piano en la Corredera Alta de San Pablo, lo colocó en el gabinete anejo a su dormitorio y ahí recibe en días laborables alternos a sus dos primeros alum-nos: Lincita, la hija de Consuelito, que cursa segundo de solfeo, y Edu, un principiante.

Cuenca ha conocido al padre de Edu en la tertulia de los inventores que se reúne en el café Comercial de la glo-rieta de Bilbao. El padre de Edu ha patentado el café de bellota, el muñón de aire y el braguero de miel y medita aprovechar para los embalses del Generalísimo la electrici-dad de los felinos. De noche da forma a sus fantasías ya que por el día lleva la contabilidad de una oficina del Ho-gar del Empleado y a cualquier hora pone inyecciones a domicilio. Alguien podía preguntarle cuándo duerme y no se tomará en serio su respuesta, porque si la humanidad necesita del sueño para mover el universo, el padre de Edu descansa al oír cantar a su mujer.

En el cuarto de estar de la familia de Edu se enciende el armatoste de la radio y la mano experta indaga en el dial: Bucarest, Pernambuco, Marsella, Génova... Entre interferencias y lenguas extrañas, brota el sonido buscado. Es la cuerda de la orquesta en el inicio de algún fragmento de ópera. Y cuando el invisible director da la entrada al solista, la suave voz de la esposa, que repite la letra o la tararea, apacigua mejor que un parche medicinal a su marido, que no sólo repone fuerzas con una cabezadita durante la pieza, sino que arranca de su sensibilidad estimulada –y no hay vergüenza en reconocerlo delante de Edu– una furtiva lágrima.

El padre de Edu quería que su hijo aprendiese música y Cuenca le habló de las clases de Salvia. Los padres de Edu se llaman Mercedes y Eduardo, igual que los personajes del serial de moda de Radio Madrid, y para conocer a la profesora de Edu acudieron al principal de Eguílaz como si fueran a una audiencia del Generalísimo: la estola perfumada de Mercedes y el sombrero de Jorge Negrete que lucía Eduardo maravillaron a los niños de la vecindad, sentados en el escalón de entrada al edificio. «Del Pekan y la Dalia –gritó la inválida del bajo, devota de la publicidad radiofónica–, ¡vaya un postín!» Para recibir a los padres de su alumno, Salvia buscó el camafeo con el retrato del ahijado y Pruden se protegió del catarro otoñal con un pañuelo de cuello. Cuenca iba tan arreglado como siempre y Moncha tuvo que servir la mesa con una rebeca de Salvia que le quedaba larga.

Encaramada a sus tacones, Mercedes subió los peldaños de madera sin quejarse, pero cuando se detuvo en el rellano del entresuelo suplicó a su marido: «A ver qué inventas.» Prendido de la mirilla, el jefe de casa se turbó con la promesa de Eduardo de perfeccionar el santo cingulo. ¿Se refería al que oprime la carne de los que visten hábito por dios y por España o a ese cinturón eléctrico del que se lee en los periódicos que, al activar la circulación de la san-

gre, cura la impotencia sexual y permite a quien no es deportista alzar piedras como si fueran plumas?

Mediada la visita, Mercedes y Eduardo aplaudieron la aparición de Moncha con una bandeja de galletas maría de los ultramarinos Peláez. La viuda del primero protestó del barullo golpeando el suelo con la contera del bastón. Mercedes confesó que durante mucho tiempo deseó relacionarse con personas de nivel artístico; y hoy, que satisfacía su anhelo con el matrimonio del principal de Eguílaz, se sentía tan contenta como si le hubieran regalado entradas para los conciertos de la Orquesta Nacional en el Palacio de la Música, el único sitio de Madrid, dice Consuelito Tovía, donde se ven abrigos de piel.

Mercedes y Eduardo se consideraban melómanos y estaban empeñados en que su chico adquiriese los conocimientos que ellos no tenían y, en consecuencia, los horizontes de grandeza que atribuían al saber académico. «Distinción, cultura y modales –apuntó Mercedes ciñéndose la estola– es nuestra santísima trinidad en la vida.» La tos de Cuenca tapó la irreverencia y Eduardo salió al quite con una reflexión que habría irritado al jefe de casa: «Se puede ser alguien sin conquistar imperios.» No se extrañó Cuenca de que las manos de Salvia y Pruden se juntaran como cuando evocan a su ahijado a la hora de las ejecuciones capitales. Eduardo concluyó: «El único invento que vale la pena patentar es la felicidad.»

Convinieron en repetir la reunión, pero no fijaron fecha: Salvia dependía de la operación quirúrgica de Pruden, Eduardo de amarrar el santo cingulo y Cuenca de sus relaciones con el obispado de Madrid-Alcalá. En la próxima cita Mercedes se ofreció a cantar ópera, zarzuela o lied. Salvia la acompañaría al piano y con unos pocos ensayos tendrían suficiente porque estaban tan compenetradas que actuarían de memoria, al estilo de aquel director que dejó sola a la orquesta interpretar el *Septimino* y todo el patio de butacas llevó el compás con la mano. «La mano de Ar-

bós», precisó Salvia en una de sus frases para enterados mientras traspasaba sus ojos la melancolía del atardecer.

Edu empezó las clases de Salvia cuando terminaron las de su colegio por las vacaciones de verano. A media tarde, en que remitía el sofoco, se plantaba en el piso de la calle Eguílaz con su madre, ya sin estola ni tacones, aunque con el afán de desembarazar de secretos a Pruden: Él y Salvia, ¿tenían familia? ¿Era Cuenca pariente suyo? ¿Tenían difuntos de la guerra? ¿Y gente presa o en el exilio? Tan incisiva en su interrogatorio como el jefe de casa con los desafectos, tarareaba las escalas que solfeaba su hijo y reclamaba continuamente la atención de Pruden, que ignoraba los apremios de Mercedes como si además de mudo estuviese sordo.

La salita del piano, que está separada del dormitorio del matrimonio por un cortinaje grueso, no se aislaba del comedor por una mampara o un biombo, de modo que Salvia daba clase a la vista de los aprisionados en las sillas incómodas de corto asiento y respaldo alto. Salvia, sentada en un taburete, pulsaba las teclas y cantaba las notas. A su derecha, Edu, de pie, marcaba y también cantaba la partitura expuesta en el atril. Y los testigos aguantaban la lección durante una hora al aire libre del balcón abierto.

Cansada de no ser correspondida por Pruden, Mercedes anunció que en adelante su criada vendría con Edu. Salvia se planteó en qué parte de su casa la colocaría. Descartó el comedor, porque era impropio sentarla donde Mercedes estuvo con Pruden, y se inclinó por la cocina, territorio de la servidumbre al fin y al cabo.

Salvia imaginó a Moncha y a la criada de Mercedes en la mesa camilla a la mitad de la tarde —cuando arrían bandera en el cuartel del Conde Duque y aún no se piensa en la cena—, quitando las hebras de las judías verdes o las piedras de las lentejas. La estampa tenía un aire bucólico, schumanniano. Pensó que la novedad no debía alterar la costumbre de Moncha de coser a la luz del patio. Pero Moncha hacía sola esa

tarea, y no junto a una desconocida. Y ahí inició Salvia su cadena de errores.

* * *

Al primer timbrazo siguió otro más exigente y, como Moncha no abría la puerta, lo hizo Salvia. En la sombra del rellano la criada de Mercedes se mostraba tan aparatosa como su señora. Su nombre –Vicenta–, emitido con altanería, alertó al inquisidor del entresuelo y recordó a la inválida del bajo un anuncio de la guía comercial de la radio: «Vengo a pedir la mano de su hija /¿con guante o sin guante?» Salvia se apresuró a introducirla en casa y llamó a Moncha para que le hiciese compañía. Pero Moncha no respondió al requerimiento de Salvia, que comunicó su perplejidad a Vicenta: «Siempre avisa antes de salir.»

No estaba Cuenca para suplirla y no era lógico que Pruden entretuviera a la criada cuando había rehuído a la señora. Así que, durante la hora de solfeo, Vicenta estuvo sola en la mesa camilla de la cocina, arrullada por los rumores del patio. Recibía las notas del piano y el cantar del alumno como los ubicados en el paraíso del teatro o en las localidades de visión reducida. Por lo que, cuando Edu y Salvia terminaron la clase, la cara de Vicenta acusaba la contrariedad de no haber sido atendida conforme a su rango y, en vez de comportarse solícita con el niño y la profesora, exhibió morrito.

Su despecho carecía de fundamento porque cobraba por estar ocupada la jornada completa, y de no ir con Edu al principal de Eguílaz –donde permanecía una hora mano sobre mano–, habría desempeñado misiones menos cómodas. Pero Mercedes había llenado de pájaros la cabeza de su sirvienta. Y si ya resultaba raro que dos personas de diferente cuna, como Vicenta y Mercedes, compartieran un

aire de familia, mucho más extravagante era que una advenediza como Salvia considerara a Vicenta la embajadora de su ama y no la que esa misma mañana fregaba suelos de rodillas.

Salvia equiparó a la criada de Mercedes con cualquier visita que recibieran ella y Pruden —y no con las relacionadas con el servicio de la casa, como el lechero o el cartero—. Intuyó que su descortesía de anfitriona manchaba su fama de hospitalaria y, aunque culpó del problema a Moncha, se arrepintió de haber delegado en ella una cuestión de protocolo. Para hacerse perdonar alargó su conversación con Vicenta un poco más de lo que aconseja la urbanidad. Y ahí recibió la penitencia a su pecado.

Quiso ser simpática y se la recibió de uñas. Su charla, deliberadamente insustancial para mantener en su sitio a la criada, fue desactivada por dos informaciones de peso. La primera, que Vicenta y Moncha fueron compañeras de trabajo: «En el Hotel de la Red de San Luis», precisó Vicenta. Todo lo relacionado con la guerra civil aterraba a Salvia, por lo que entendió como una fuga la ausencia injustificada de Moncha. Para ganar tiempo instó a Vicenta a no confundir nombres ni lugares. ¿Se refería al Hotel Regalón incautado por los rojos o al liberado por los nacionales? ¿Fue su jefa la horda marxista o Consuelito Totovía? El aplomo de su interlocutora abocó a Salvia a una pregunta capciosa: «¿Ella y tú tenéis fotos juntas?», como si le reclamara una acreditación.

Y para que no incomodara más con ese asunto, monologó en el lenguaje de morse mientras la encaminaba a la salida. Pero ya en el rellano, sobre el que seguramente polarizaban su curiosidad la viuda del primero, la inválida del bajo y el jefe del entresuelo, Vicenta cortó los juguetes de Salvia reanudando la conversación por donde dolía: «La adoraban los milicianos», aseguró. No era el sitio más discreto para formularlo y Vicenta, vengada ya de Moncha, sonrió compasivamente a Salvia, como si callara un

memorial más completo que quizá almacenasen los depuradores del Régimen. «Ella tiene fotos –añadió–, si no las ha roto.»

Y ante el desconcierto de Salvia, Vicenta y Edu se perdieron por los escalones de madera hacia la calle. «Okal, okal es lenitivo del dolor», mascullaba la inválida del bajo. Salvia sabía que la Moncha que entró a servir en su casa después de hacerlo en el Hotel Regalón de Consuelito Totovía, no se había significado durante la guerra ni fue depurada después. Mas, si prosperaba el infundio de Vicenta, ¿tendrían que prescindir de Moncha? Salvia no temía tanto la animadversión de sus vecinos como el pánico de su esposo a la policía del Caudillo. Si purgaban aún el antecedente de su ahijado, ¿les convenía vivir con irregulares como Moncha y Cuenca?

Pensativa cerró la puerta del piso y, casi simultáneamente, oyó abrir la del trastero. Con cautela Moncha asomó la cabeza y luego el cuerpo. Durante una hora había permanecido agarrotada en su habitación, sin estornudar ni toser ni cambiar de postura para que no la sintiese su compañera. Ya no estaba Vicenta, pero Moncha no dio explicaciones de su conducta: pasó una bayeta por la silla usada, la arrimó a la mesa camilla y volvió a su cuarto sin consideración al rostro descompuesto de Salvia.

Llegó la clase siguiente sin que Salvia hubiese hablado con Moncha y Consuelito Totovía. Tampoco se le había ocurrido un sitio mejor que la cocina para la criada de Mercedes. Se propuso obsequiarla con galletas y distraerla con algún libro de estampas. Pero esa tarde Vicenta no aceptó la hospitalidad de Salvia. Anunció que recogería a Edu cuando finalizara la clase de música y escapó de aquel matrimonio rancio y de su torva sirvienta pisando con tal brío los peldaños que el jefe de casa se figuró desde la mirilla de su piso que bajaba por las escaleras una manada de toros.

Iba desatada, magnífica. «¿A dónde vas estudiante? / A la calle Almirante / No me digas más / vas a Duramás», reci-

tó la inválida del bajo. Los niños sentados en el escalón principal del edificio la admiraron. «Volverá a reír la primavera / que por cielo, tierra y mar se espera», tarareó Vicenta en el deslumbrante fuego de la tarde. En un portal de la calle Luchana se ajustó las medias, se echó colonia y, porque se sabía de memoria, se retocó a ciegas. Como una estrella del celuloide cruzó por el kiosco de periódicos de Germán y entre miradas masculinas de deseo avanzó por la calle Fuencarral, donde en la cola del cine Bilbao le aguardaba Afín.

Pequeño y moreno, de pelo rizado, con granos, lunares y unas arrugas desproporcionadas para sus treinta años de edad, Afín sobresalía en la cola por la intimidación del uniforme de falangista. Por su aspecto aplomado y fornido parecía mayor, con las manazas acostumbradas al trasiego de las cántaras de leche en su vaquería de la calle Malasaña. Un empaque de matón de barrio que acogió sin un piropeo el deliberado contoneo de Vicenta.

En la cola del cine Bilbao predominaban los enamorados que rozaban con los labios la melena o la sien de su pareja mientras miraban las acacias. Con la camisa azul de falangista Afín podía permitirse todo género de efusiones y prohibir las de los demás, pero aquella tarde ni por cortesía besó las mejillas de Vicenta. Otras veces ambos preferían perderse, antes que en el cine Bilbao, en los desmontes de Vallehermoso, donde la mano desabrida de Vicenta, con ciencia adquirida en establos, le aliviaba en su pañuelo de caballero. Pero hoy Vicenta apenas disponía de una hora libre, así que en el despacho de las cuentas de la vaquería de Malasaña se sentaron frente a frente después de cerrar la puerta con llave.

* * *

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Avinguda Diagonal, 361, 1º 1ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021-Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2011
© Manuel Longares, 2011
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2011, por esta edición
© Edición club: Círculo de Lectores, S. A., 2011

Cubierta y fotocomposición: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Depósito legal:
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-931-7
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4394-9
N.º 35741

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)